



“Madrid – Barcelona: construyendo nuevos puentes”

**INTERVENCIÓN DE ISABEL DÍAZ AYUSO,
PRESIDENTA DE LA COMUNIDAD DE MADRID,
EN EL CÍRCULO ECUESTRE DE BARCELONA**

Barcelona, 31 de enero de 2020

Queridos amigos, queridos catalanes, queridos españoles.

Hoy he venido al Círculo Ecuestre de Barcelona para incidir en una convicción que ya expresé el pasado mes de septiembre también aquí, en esta ciudad: pretendo ser la presidenta de una Comunidad de Madrid que tienda puentes con Cataluña.

A mi entender, lo peor de la política es la irrelevancia. Tenemos la oportunidad de hacer cosas trascendentes. Por mi parte, en el actual momento de la vida política española, entiendo que mi responsabilidad es unir, no separar. Reforzar lo que nos hace iguales, no subrayar lo que nos diferencia.

Por ello me ha parecido excelente la iniciativa del Círculo Ecuestre de abrir este ciclo, especialmente necesario en nuestros días.

Tenemos la responsabilidad para ir poco a poco perfeccionando nuestras reglas para que sean más justas y permitan más libertad, más creatividad y más solidaridad.

Los españoles de hoy podemos enorgullecernos del legado político recibido desde la Transición, y es nuestra obligación ampliar los consensos, profundizar en la convivencia en vez de fragmentar y liquidar una voluntad nacional que ha costado siglos crear.

El mundo está cambiando a una velocidad nunca antes vista. No solo es a causa de la tecnología, sino que vivimos un cambio de mentalidad y de enfoque en muchos campos. También en política contemplamos nuevos movimientos, nuevas formas de expresar las ideas y distintas reacciones de los ciudadanos.

A algunos esto les da miedo, pero yo prefiero pensar en la oportunidad única que se nos brinda para hacer algo reseñable, algo de lo que estemos todos orgullosos, y de hacerlo unidos.



Por eso, no me da miedo el futuro. Tengo una convicción: sé que siendo fieles a nuestros valores podemos enfrentarnos a lo que sea. Porque podrá cambiar la forma de expresar ideas y de recibirlas, pero es nuestra obligación mantener el fondo en aquellas políticas que sabemos que han funcionado. Y España como nación, como sociedad en avance permanente durante los últimos 44 años, ha funcionado.

España ha sido ejemplo ante el mundo de ensalzar los valores de la libertad, la igualdad de derechos y la solidaridad entre todos nosotros. Y en esta solidaridad incluyo la defensa de la unión y la lealtad al conjunto.

Quiero sumar con Cataluña. La idea de la fragmentación es la idea débil. Necesitamos reconstruir los puentes para hacer una España fuerte y unida.

La vertebración territorial basada en la libertad es sinónimo de progreso. En cambio, la desvertebración por la manipulación y el engaño supone la destrucción de nuestra identidad nacional.

Por eso, creo que es hora de aportar y de esforzarse en mejorar. Todo lo que no sea avanzar es inmovilista. Y todo lo inmovilista es letal para España, para Europa y, por supuesto, también para Cataluña.

Los españoles, cuando nos hemos unido en un ideal humanista, hemos escrito las mejores páginas de nuestra historia, que son también las mejores páginas de la historia universal.

Señoras y señores,

Hoy quisiera declararme ante todos ustedes admiradora de la Cataluña de siempre, la que añoramos.

- De la Cataluña de 1992, que fue capaz de organizar unas olimpiadas que pusieron a España en el escaparate mundial y situaron a Barcelona como una capital global;
- De la Cataluña que fue pionera en bajar impuestos para todos aquellos que querían emanciparse y formar una familia;



- De la Cataluña que fue la primera en abrir sus puertas al capital riesgo y a la actividad privada;
- De la Cataluña que nos guiaba al resto impulsando más empresas y más grandes gracias a sus incentivos fiscales;

En definitiva: soy admiradora de la Cataluña libre que fue capaz de ponerse a la vanguardia de la industrialización en España y superar cuantos obstáculos había en su camino para mejorar la vida de sus ciudadanos y, con ella, la de todos los españoles.

Porque la única manera de enfrentarse a un mundo globalizado y en constante cambio es conceder la importancia que corresponde al sector privado.

Y, con ellos, la capacidad de influencia de los gobernantes y quienes están a su lado.

Cataluña ha mantenido el liderazgo económico durante tanto tiempo porque hubo una época no tan pasada en la que fue capaz de adaptarse a estos cambios.

Algo que está lejos de lo que ocurre actualmente. Las innumerables fotos de Sánchez a la sombra del independentismo, así como las concesiones que son exigidas desde las instituciones catalanas de ideología independentista, son una vuelta al proteccionismo.

Me van a permitir, llegados a este punto, hacer algunas puntualizaciones sobre la Cataluña en la que vivimos. Una región que, como ya he dicho, nada tiene que ver con la que brillaba con luz propia ante el mundo.

Actualmente Cataluña es la autonomía con mayor presión fiscal. En el año 2012, en lo peor de la crisis económica, las rentas más elevadas llegaron a pagar hasta un 56% de tipo marginal de IRPF, teniendo en cuenta el tramo nacional y autonómico. Un nivel que, acordarán conmigo, es confiscatorio.

Actualmente esta presión ha descendido ligeramente, aunque no mucho, y debido a la administración central. Los gestores del “Proceso” han decidido continuar por la senda



de la imposición indiscriminada con cargo a su ideal y Cataluña ostenta el dudoso honor de ser la región que más tributos propios tiene, triplicando la media nacional.

Empatizo con el ciudadano medio catalán que está desencantado con las instituciones. Paga más impuestos y de mayor cuantía que uno madrileño.

Porque el dinero público tiene dueño: el contribuyente.

Por si esto fuera poco, el “Proceso” está convirtiendo a la que hasta hace poco era la región más próspera del país en una maraña burocrática y de obstáculos regulatorios en la que la supervivencia empresarial, por no hablar del emprendimiento, cada vez se hace más difícil.

En el año 2000, en Madrid y en Cataluña se emitieron un volumen similar de normativa regional: unas 600. Una cifra exagerada, que supone trabas a ciudadanos, empresarios e inversores porque es una capa más a añadir a la ya compleja maraña legislativa nacional y local.

Pero, mientras Madrid ha mantenido, e incluso reducido esta vorágine, Cataluña la ha disparado hasta las 1.000 normativas en 2017, último año de actividad normal del Parlament.

Frente a esto, me pregunto: ¿qué responsabilidad tiene España en todo ello? ¿Es que alguien ha obligado a los gestores catalanes, sea cual sea su signo político, a convertir la región en poco menos que un infierno fiscal y burocrático?

Cataluña tiene las mismas competencias que Madrid, y que el resto de las regiones, para reducir su carga fiscal y su maraña legislativa. Tener el triple de impuestos propios y emitir el triple de normativa que la media española durante los últimos diez años es sinónimo de estancamiento económico y decadencia y, por supuesto, de mala gestión.

No lo decimos nosotros, lo dice nuestra historia. Las sociedades prósperas son aquellas cuyos ciudadanos son quienes mejor saben qué hacer su dinero, quedando el poder político relegado a una labor de gestión eficiente a favor del bien común.



Tenemos que volver a la política en positivo. A la política de unión. A la política de afrontar los retos de un mundo globalizado, y no a la de apostar por mantener privilegios y situaciones de poder de las que este país ya debería estar vacunado.

Repito: Política en positivo. Unión. Puentes. Cataluña. Madrid. España.

Ya son más de 5.600 las empresas que han abandonado Cataluña desde aquel fatídico 1 de octubre de 2017. No todas han venido a Madrid, ni tan siquiera se han quedado en España.

Los catalanes, los madrileños y los españoles nos hemos dejado riqueza, puestos de trabajo, recaudación tributaria y servicios públicos de calidad por el camino.

Lo dije cuando vine aquí en septiembre y lo repito hoy: tenemos que hacer más y mejor España desde las comunidades autónomas.

- No quiero crecer a costa de Cataluña.
- Quiero crecer junto a Cataluña.
- Porque juntos somos más fuertes.

Tanto el efecto capitalidad como la acusación de dumping fiscal a Madrid son dos excusas para no afrontar el fracaso del excesivo intervencionismo de los últimos años en gran parte de las autonomías españolas.

La EPA de este lunes da buena fe de ello. España, desafortunadamente, ha reducido su número de parados durante 2019 al menor ritmo desde el año 2013. Hay 8 comunidades que, de hecho, han visto incrementar el número de personas que están teniendo que acudir al Servicio Público de Empleo Estatal.

Esto, para un país que cuenta con 3,2 millones de parados, es una catástrofe. Estoy segura de que a muchos de ustedes les pasará, como me pasa a mí, que cada vez que



salimos al extranjero y celebramos unos buenos datos de empleo con una tasa de paro de casi el 14%, el interlocutor se escandaliza.

- Alemania tiene una tasa de paro del 3,1%;
- Reino Unido del 3,8%;
- Estados Unidos del 3,5%;
- Irlanda del 4,8%;
- Y en España lanzamos las campanas al vuelo con una tasa de paro del 13,8% y con la mayor tasa de paro juvenil de toda Europa.

Sí. Como española, me duele decirlo. Pero un país sin empleo juvenil es un país sin futuro. Y nosotros ya hemos arrebatado a Grecia ese liderazgo.

Creo que tenemos que ser críticos y sinceros con nosotros mismos si queremos seguir mejorando nuestro país. Esto lo dice la presidenta de la comunidad que ha creado el 85% del empleo en el último trimestre y 1 de cada 3 empleos durante el año pasado.

Tenemos una tasa de paro del 9,9%, la menor desde el año 2008, pero no nos parece suficiente. Tenemos que seguir creando empleo porque es la mejor política social.

Tenemos que aspirar a que Madrid siga manteniendo estos buenos datos económicos mientras el resto de comunidades, Cataluña incluida, sumen y se suban al carro de la prosperidad.

No somos vasos comunicantes. Somos cilindros que añadir a un motor, España, que nos necesita unidos y trabajando al unísono para recuperar nuestra historia de éxito.

Los redistribuidores de la nada deberían haber aprendido de la lección que nos dejó Google hace sólo unas semanas. Tras la persecución europea vía impuestos, decidió sacar de Irlanda su tributación por la propiedad intelectual.



¿Se fue a Alemania? ¿A Reino Unido? ¿A Bélgica? ¿A España?

No: se fue a Estados Unidos. Y, ahora, toda Europa se ha quedado sin uno de sus mayores contribuyentes.

La razón es muy sencilla: las decisiones de inversión no son un juego de suma cero en el que unos ganan a costa de lo que pierden otros. Los empresarios invierten allá donde más van a aportar a su sociedad y por supuesto donde más confianza y seguridad se les procura.

¿Por qué no, en lugar de perseguir y crucificar a Madrid, hacemos más atractivas a otras regiones? Propongo empezar aquí, en Cataluña, y la plataforma conjunta de empresas que ya hemos puesto en marcha es la prueba de mi buena fe y de mi determinación por una mejor Cataluña como parte de una mejor España.

Aspiramos a ser el bastión de libertad y una comunidad abierta al resto del país y del mundo. Madrid ha conseguido su liderazgo económico gracias a la libertad individual, al respeto a la democracia liberal, y a la estabilidad y respeto institucional.

Creo en una Comunidad de Madrid basada en la experiencia, en la lealtad al Rey y a la Constitución. Una región libre y abierta a la innovación tecnológica, que no elude la responsabilidad compartida que tenemos, junto con Cataluña, de seguir liderando una España europeísta, de personas libres e iguales. El mismo proyecto que ha traído siempre a nuestro país los mayores niveles de progreso.

Juntos, somos el 40% del PIB, 1 de cada 3 ocupados y el 38% de la población española. Sin duda, tenemos muchas cosas por hacer para este país y la responsabilidad de hacerlas sin fisuras.

Quiero un país en el que tanto Cataluña como Madrid sigamos siendo locomotora de prosperidad y mejora de las condiciones de vida de nuestros ciudadanos.

Hoy, 31 de enero, la Unión Europea pierde un socio preferente: Reino Unido. Hoy es el día en que se consuma un fracaso: el brexit. No conozco ningún proyecto de personas que haya funcionado dividido.

Es inevitable hacer paralelismos entre esta salida y el proceso que aquí ha impulsado el independentismo. Lo que nos jugamos es un nuevo brexit, pero mucho más traumático. Porque en nuestro caso, además de las terribles consecuencias económicas, también tendríamos efectos devastadores desde el punto de vista emocional, social y hasta familiar.

Lo único que ha conseguido el proceso independentista ha sido polarizar a la sociedad catalana, partirla en dos, ahuyentar la inversión y proyectar una imagen conflictiva de Barcelona, de Cataluña y, por extensión, del conjunto de España.

Porque sólo hay una cosa peor que el odio: el odio en grupo. Y eso es lo que pretende encontrar la ruptura de nuestro país.

En lugar de liderar una alternativa constitucionalista al nacionalismo, el Gobierno de España está cayendo en los viejos errores que nos han llevado hasta aquí e insiste en otorgar privilegios a la deslealtad.

Durante 40 años el nacionalismo ha dedicado enormes recursos a hacer incompatibles las identidades catalana y española. Lo denunció Josep Pla en sus últimos años de vida: "El catalán es un español 100% al que ahora le han dicho que tiene que ser otra cosa".

Es fácil inducir un conflicto de identidad en una sociedad. El escritor Julio Camba, contemporáneo de Pla, dejó escrito que para crear una nación sólo es necesario tiempo y algo de dinero. Dijo que con 15 años y un millón de pesetas él era capaz de hacer de Getafe una nación. Pues bien, la Generalidad ha dedicado 40 años y centenares de millones de euros a tratar de convencer a los catalanes de que los aragoneses, los andaluces o los madrileños somos extranjeros y que España es una especie de invento franquista.

Afortunadamente, España está muy lejos de esa caricatura. Somos una de las pocas democracias plenas del mundo según el último índice de "The Economist". Estamos por encima de Francia, Italia o Estados Unidos. Nuestras empresas tienen presencia en todo el mundo, nuestra lengua la hablan más de 500 millones de personas y nuestra historia y nuestro dinamismo hacen de nosotros un actor global de primer orden.



Tenemos la responsabilidad de proteger este valioso legado que hemos heredado, que se llama España, y mejorarlo para los que están por venir. Y eso sólo lo haremos desde una sociedad fuerte y unida a todos sus niveles. La política no es sólo cosa de políticos, y el enorme trabajo que tenemos por delante no podemos hacerlo solos.

Por eso, me gustaría hacer un llamamiento de unión a todos aquellos que crean en la democracia liberal, en la unidad de España, en los pilares del estado de derecho y en la libertad individual como eje de prosperidad.

Porque solamente unidos podemos hacer frente al cambio de régimen que amenaza a nuestro país. Ya lo vimos en las últimas elecciones generales: el desmembramiento del centro-derecha liberal es la alfombra roja para un gobierno intervencionista y liberticida en la Moncloa.

Los políticos sólo ponemos voz a las necesidades de nuestros ciudadanos. Y para hacerlo con éxito, necesitamos que empresarios, autónomos, organizaciones de la sociedad civil, y agrupaciones de ciudadanos a favor de la libertad os comprometáis y nos transmitáis un mensaje de unión, que nosotros podamos hacer realidad en las instituciones.

Sólo uniéndonos, en posturas moderadas pero firmes, y buscando nuestros puntos de encuentro, podremos proteger el sistema que más pluralidad y prosperidad ha traído a este país y a sus ciudadanos.

Porque ahora mismo España está amenazada por un gobierno que pretende hacer un país de ganadores y perdedores. De quienes han apoyado a Sánchez y quienes no lo hemos hecho.

La realidad, sin embargo, volverá a demostrar que, de llevarse a cabo, esta hoja de ruta lo único que va a dejar son perdedores. Nosotros lo veremos de soslayo, pero el país para las próximas generaciones corre el riesgo de ser decadente y sin alma.

Tenemos un gobierno que piensa que está por encima de la ley. Lo dijo el propio Pedro Sánchez en su discurso de investidura: “No es suficiente con la ley”.



Los ciudadanos catalanes saben que sus únicos acompañantes en el viaje a la vida que quieren vivir son el mérito y la responsabilidad individual. Sus gobernantes, sin embargo, persisten en la búsqueda de privilegios tergiversando la ley.

Pero se equivocan de base. Las políticas colectivistas siempre tienen el mismo final: la tiranía. Y eso es lo que le espera al independentismo de la mano de Pedro Sánchez.

Ni la izquierda ni los independentistas quieren lo mejor para Cataluña. Quieren que a los demás les vaya mal.

Por eso, tenemos que impedirlo desde la unión. Iniciativas como Cataluña Suma creo que son imprescindibles para las próximas elecciones autonómicas.

La única forma de evitar un gobierno liberticida e intervencionista en Madrid fue a través de la unión del centro-derecha. En Cataluña no es menos.

Queridos amigos, voy concluyendo:

Es el momento de construir nuevos puentes y de reencontrarnos, y el lugar no puede ser otro que la Constitución de 1978. Nunca antes, ni tampoco después, se ha dado un consenso mayor. Frente a tendencias centralizadoras que ignoran el carácter plural de nuestro país y frente a la pulsión egoísta y anticonstitucional de los movimientos separatistas, yo propongo la España de la reconciliación que construyeron nuestros padres en la Transición.

Termino como he empezado: nuestros intereses son los mismos.

He venido aquí a buscar aliados. Y en este camino, lo único que importa es que tenemos el mismo enemigo.

Tiendo la mano a todos los que quieran luchar contra el colectivismo. En algunos escaparates lo vemos disfrazado de ultra-izquierda y en otros de independentismo, pero en esencia son lo mismo: su política consiste en reducir



el individuo a la mínima expresión, someterlo a la masa grupal, cercenar su voluntad y ahogar sus alternativas hasta que su único camino sea seguir el mandato del líder supremo.

Estamos en el mismo barco. El problema que asola a España no es político, como quieren hacernos creer. Ni tan si quiera territorial. No hay ningún enfrentamiento entre Madrid y Cataluña. Lo que sí que hay es una lucha encarnizada por robarnos el control de nuestras vidas-

Por eso tenemos que superar la tradicional división entre izquierda y derecha. Estamos, por un lado, los que vamos a rebelarnos y a luchar para mantener el control de nuestras vidas y, por otro, los que piensen que bajo el falso mantra de la seguridad estatal están dispuestos a seguir cediendo parcelas de su libertad. Hasta que nos digan qué pensar, qué sentir, qué comer o cómo ser un buen conciudadano.

Porque así somos más. Y, conforme el socialismo vuelva a demostrar que la seguridad no es más que un espejismo, porque lo hará, seguiremos creciendo y tendremos más fuerza.

La pelea por la libertad la tenemos ganada.

Decía el general Sun Tzu: “conoce a tu enemigo y conócete a ti mismo; en cien batallas, nunca saldrás derrotado”. Nosotros ya sabemos adónde nos lleva el colectivismo, porque siempre acaba igual: en una tiranía.

Por eso sé que vamos a sacar esto adelante. Tenemos la verdad por bandera y, con ella, el poder.

La gran desigualdad que asola España es la impotencia de la inmensa mayoría ante la sensación de impunidad de una selecta minoría que piensa que puede vivir al margen de la ley.

Por eso tenemos que reconstruir el puente que más prosperidad ha dado a nuestro país. España fue el sexto país más importante del mundo gracias a la unión de los 47 millones de españoles, y muy especialmente de los más de 14 millones de catalanes y madrileños.



Juntos somos más. Juntos somos mejor. Nuestro puente es España, y sólo podremos sostenerlo unidos.

Muchas gracias.